

tidarios de la reforma ortográfica en sentido fonético: kién nos a motejado de ignorantes, kién de falsarios, kién de bárbaros, i asta de korruptores del idioma., No tema de mí el Sr. Naberán tan aviesos procederes. Si no adopto su importante reforma, es porque tengo poco de valiente, y el temor á las burlas sangrientas y á las acusaciones de falsedad me cohibe.

* * *

En el monísimo libro de mi amigo Leopoldo García Ramón, titulado *Filosofía de bolsillo: El Arte de vivir*, encuentro este párrafo: "Sucede á veces que una carta no merece más contestación que la trivial impuesta por la cortesía á quienes la tienen y entre nosotros no suelen ser los más., El parrafillo me brinda ocasión de decir algo que me bulle hace tiempo en el pico de la pluma: no la desaprovecharé.

Al parecer entiende Leopoldo que, teniendo cortesía, hay que contestar á cuantas cartas nos escriben. Siempre me he precia-

do de cortés, y hasta sospecho que la mayor parte de los disgustos y chascos que he sufrido en la vida, me los gané de puro bien criada. Sin embargo, no contesto ni á la centésima parte de las cartas que me dirigen. ¿Y por qué no contesto? Porque no hay cortesía que valga contra imposibilidades del orden físico, y lo mismo que un manco de las dos manos, así sea el caramelo de la finura, no se quita el sombrero, yo, careciendo de tiempo material para despachar tanta correspondencia, no la despacho, y aquí se acabó la presente historia.

¿Qué le hago? No he de incurrir en la ridiculez de tener, como las heroínas de Jorge Sand, un *secretaire intime* que se encargue del negociado epistolar; no he de suprimir ni el trabajo, ni la vida de familia, ni la de sociedad, ni el sueño, ni la honesta distracción; no he de sacrificar mi existencia á la puerilidad de una cortesía que me obligue á responder á cien mil cosas que, por punto general, sólo importan al que me las dice; no he de disiparme sosteniendo, aunque sólo sea momentáneamente, relación con desco-

nocidos; y así (no renunciando á mis pretensiones de cortés), doy la llamada por respuesta...

* * *

Pasando de este incidente á la substancia del libro que lleva el incitante título de *Arte de vivir*, diré que es una protesta repleta de buen sentido contra el pesimismo al uso. No me extraña que García Ramón esté ahito de esos pesimistas flamantes que ahora florecen en París; mozos que, hablando en plata, fingen creerse dignos de una vida mejor que la que tienen, alardeando de un orgullo de seres superiores, cuando su conciencia les clama que tal vez ni aun merezcan la que Dios les ha otorgado, para perderla y malgastarla sin fruto, sin método, sin gusto ajeno ni propio. La melancolía y el dolor moral, el descontento profundo, la renuncia *schopenhaueriana* y la persuasión de la

infinita vanità del tutto,

caen bien en almas selectas, grandes y tormentosas, en un Byron, en un Leopardi—no

en cualquier burgués á quien le duelen las muelas. Hay gente que la da de pesimista, no por entender y sentir con delicadeza lo que tiene de limitado y amargo nuestro destino terrenal, sino por decepciones vulgares, por mezquinas pasiones frustradas, por ambiciones fallidas, por concupiscencias de tercer orden, ó sólo por tener vacía la mollera. Si los tales pesimistas, semejantes al *Pepe Pesares* del librito, no se contentan con lo que poseen, dense á coleccionar sellos ó á recoger aleluyas; busquen una distracción bonachona y sencillota, y pongan su ideal cerca de la mano. Esta casta de pesimistas es una de tantas funestas consecuencias de la manía de igualdad que nos corrompe; como si hubiese nadie igual á nadie, y como si á todos fuese dado ir á Corinto.

* * *

En conjunto trataré de varias novelas, que considero dignas de expresa mención.

Delicadas, bordadas y de muy sabrosa lectura son las *Cartas de mujeres*, de Jacinto

Benavente. Entre ellas hay algunas que he leído dos veces con singular complacencia. No diré que, á pesar de ciertos alardes analíticos, sigan estas *Cartas* las huellas del cruel Stendhal: yo creo que el Sr. Benavente mira á las mujeres con suma ternura y predilección, y se pone guantes para diseccionar su alma, guiado por la convicción que manifiesta en el prólogo, donde estampa que "vosotras, mujeres, cuando sois bonitas, estáis dispensadas de ser buenas; cuando sois buenas, no necesitáis ser bonitas; y cuando sois bonitas y buenas, no hay sino adoraros de rodillas como á trasunto de la divinidad en la tierra". Juzgándole por su libro, tengo al Sr. Benavente en concepto de persona tan cuerda, que no temo decirle que á la mujer no le basta ya con ser buena y bonita; que esos dos atributos de belleza y bondad, que ostenta y posee desde tiempo inmemorial, no han alcanzado á asegurar su dignidad, su felicidad y su honra; y que, por lo tanto, urge sacarla de *buena y bonita*... Y no me explayo más, porque no es aquí ocasión de enumerar los gravísimos incon-

venientes de esas dos óptimas cualidades, tomadas como signo de especialización de la mitad del género humano.

Chavala, del Sr. López Valdemoro, conde de las Navas, pone en escena un tipo de mujer del pueblo que en algunos rasgos recuerda á la enérgica y vengativa *Dolores*, de Feliu y Codina. El paisaje, en *Chavala*, está sentido y pintado con tal frescura y vivacidad, que casi percibimos su olor agreste. Noto además en *Chavala* otro mérito: el de una gran riqueza de diccionario.

Un matrimonio por amor, de Francisco Martín Arrúe, es un drama sencillamente narrado, pero muy verdadero, y que á cada momento vemos desarrollarse en la familia contemporánea, informada por cierta monstruosa moral doble, que mide con distinto rasero las acciones del marido y las de la mujer. Esta novelita, modesta y sin perifoneos, se lee con agrado, y se concluye sintiendo dejarla. Algunas escenas, como la de la desaparición de las joyas de Luisa y la acusación y defensa de los criados, revelan habilidad y dotes de observación en el autor.

También entretiene y conmueve, á pesar de lo escabroso del asunto, *Cabeza de mujer*, por Pérez de la Gredá; y entre los cuentos de José Cánovas y Vallejo hay algunos que elogiaré sin restricciones, v. gr., el titulado *Para las madres*.

Dos novelas me llegan juntas, y la coincidencia de su llegada me hace reflexionar en lo instable de las modas literarias, y en lo mucho que de inexplicable tienen las oscilaciones termométricas del gusto del público. Son estas dos novelas *Un héroe del siglo XIII*, por el marqués de Villahuerta, y *La Hija del fango*, por José de Siles. Solamente con leer los títulos de ambas, apostaré que cualquier observador de las vicisitudes literarias comprenderá que la novela del marqués de Villahuerta pertenece al género creado por Walter Scott, representado en España por Larra, Escosura, Cánovas, Vicetto, Enrique Gil, Navarro Villoslada y otros muchos escritores que, — con las diferencias propias de su temperamento, — coincidieron todos en seguir el gran impulso de la tradición y la historia vistas

al través de la fantasía romancesca. Y solamente por el título también, y sin leer la dedicatoria á Zola, salta á la vista que la novela de José de Siles procede de otra corriente arrolladora, del naturalismo zolaesco, que á veces, con morbosa complacencia, escudriña lo más pútrido, lo más abyecto, lo más miserable de la humanidad, para extraer del légamo del pantano la perla oculta, la pisoteada y humillada flor, la niña inocente—llámese *Lalie* ó llámese Celsilla— que alumbrá con su pureza natural esas horribles tinieblas de la miseria, de la ignorancia y del vicio. ¡Mudanzas de la suerte! Hace tres lustros, la novela de Siles representaría la innovación, hasta el escándalo. Hoy tiene la misma fecha que la del marqués de Villahuerta: las dos están fuera de la actualidad literaria. Nada dice esto contra el mérito y disposición de los autores. Trátase de dos novelas buenas, retrasadas; y considero bastante curioso el que tan rezagado nos parezca hoy el discípulo de Zola, como el del creador de *Ivanhoe*.

**

Entre los libros serios hay que conceder especial mención á un folletito del cual nadie ha hablado, que yo sepa, y que, sin embargo, representa una nota muy simpática de discreción y mesura en cierta cuestión por demás traída y llevada, generalmente mal comprendida, que suele servir de pretexto á exageraciones y desentonos. Me refiero al folleto de M. Casás Fernández, titulado *El Regionalismo en Galicia*, trabajo bien pensado y merecedor de explícito encomio. También es digno de alabanza, por su equidad y buen juicio, el profesor chileno Agustín Gómez García, autor de *La Novela contemporánea en España*.

Al librito de Juan Lapoulide, *¡Por la patria!* han venido á darle triste actualidad y plena confirmación los sucesos de la guerra. Hoy resalta lo fundado de sus advertencias, lo conveniente que hubiese sido prestarles atención, y que este escritor militar, tan modesto como bien informado, había puesto el dedo en muchas llagas que ahora nos sangran y duelen.

Bajo el título de *Pequeños estudios filo-*

sóficos y el subtítulo aperitivo de *La Mujer*, ha visto la luz un folleto del Sr. Fuentes y Castilla. Paréceme este autor afiliado á la escuela romántica; más que filósofo ó sociólogo, es poeta. A párrafos como éste: "La idea de la mujer acompaña constantemente al sufrido marino que en la inmensidad de los mares sostiene con los elementos titánica pelea", diríase que les falta sólo el metro y el consonante.

* * *

Un célebre autor dramático francés ha dicho brillante y especiosamente, que el patriotismo de las mujeres es la maternidad.

Mutatis mutandis, diré que el patriotismo de los sabios no se prueba en las trincheras y en los reductos, sino en las bibliotecas, donde se consagran á investigar sin descanso nuestras pasadas glorias. Sin hablar de la monumental edición de Lope de Vega y la rica edición del abate Marchena, que dirige y lleva adelante el insigne Marcelino Menéndez y Pelayo, la *Antología de*

poetas líricos castellanos bastaría para que este sabio, tan mordido y criticado por Guardia, mereciese la cruz laureada de las letras. La labor es doblemente meritoria, porque aquí la estimamos algunos, pero la ignoran infinitos. Caen esos tomos, con sus deliciosos prólogos, tan amenos, tan vivos, tan jugosos y de tan sobria y oportuna erudición, como caen al pozo de los Burgraves, en Nuremberg, los vasos de agua que arroja el *cicerone*, y que sólo al cabo de largo tiempo alzan en el fondo de la sima rumor sordo y tenue. Y, sin embargo, yo, que me he vuelto premiosa para leer lo que se llama *libros de imaginación*—novelas, cuentos, etc.—saboreo con golosina esos prólogos, que irán formando encantadora historia de nuestra poesía lírica. El prólogo del tomo iv, donde ya la musa va saliendo de las severidades y secaturas del *mester de clerecía* á las frescuras y libertades no siempre comedidas de la escuela trovadoresca, y de la imitación italiana, es más que ninguno entretenido y lleno de enseñanza y novedad. Los regionalistas gallegos encontrarán en ese prólogo

justificadas muchas de sus pretensiones, y corroborados los asertos de Teófilo Braga, sobre la importancia de las fuentes líricas que manaron en Galicia. Las semblanzas de los trovadores del *Cancionero de Baena*, hacen revivir figuras borrosas y descoloridas ya, como bajo la mano de hábil restaurador reaparecen el colorido y las líneas de un cuadro cubierto de polvo, cuyo asunto no se distinguía. La silueta del cronista Ayala es magistral. Así, y no con el dato pelado, sin aliño ni arte, ha de escribirse nuestra historia literaria, para que la lean nuestros hijos.

Miss Lilian O'Connell es una señorita de los Estados Unidos, guapa, y me figuro que dotada de condiciones para el arte dramático, que se dedica á recitar en público trozos de poetas y novelistas, dibujando antes su silueta en pocas palabras, á fin de enterar al auditorio. Los autores españoles elegidos por miss Lilian para sus recitaciones, son

cinco : Galdós, Palacio Valdés, Espronceda, Núñez de Arce y una servidora de Vds. Dios se lo pague. Lo que más me ha llamado la atención es el *trozo* que me corta la señorita Lilian: un fragmento de *La Tribuna*. No protesto contra la elección; sólo digo que me sorprende. De Espronceda recitó (con acompañamiento de guitarra) la *Canción del pirata*. De Núñez de Arce, *El Fandango* (con guitarra también). ¿Qué *fandango* será este? Así, de pronto, no recuerdo que Núñez de Arce haya escrito *fandango* ninguno. ¡Y qué poco *afandangado* que es Núñez de Arce!



El canónigo magistral de Lugo, D. Antón López Peláez, es un apologista y un orador sagrado muy notable. A fin de que nadie crea que esta alabanza significa poco, y obedece á cortesía ó á compromisos de amistad, advertiré que soy severísima con los predicadores; que la dicción enfática, nasal

y empalagosa que se ha entronizado en el púlpito, me desagrada hasta tal extremo, que difícilmente acabo de escuchar un sermón, y que mis exigencias de sinceridad y naturalidad nunca son más vehementes que al pie de la cátedra del Espíritu Santo, fuente de verdad y lugar donde el hombre, sin renunciar á ser artista, ha de ser ante todo un corazón y un alma que sientan profundamente la verdad religiosa.

El magistral de Lugo articula bien, pronuncia mejor, tiene una elocuencia pura, clara y rotundísima, una sintaxis correcta; no titubea, no repite palabras, ni imágenes; y merece, en suma, colocarse al lado de los Macías, los Jardiel, — los buenos oradores sagrados que por aquí conocemos.

Como apologista, ha puesto muy alto su nombre con *El Pontificado y el actual Pontífice*, libro nutrido, sabio y metódico, aunque, como toda apología, tenga más de himno que de estudio analítico y documental. Es el primer canto entusiasta del sacerdote joven, deslumbrado por la hermosura, la grandeza y la perdurabilidad de esa ins-

titución magnífica que se llama la Iglesia. Mucho se puede esperar de cultura tan varia y de tan buenas dotes de expositor y escritor como se revelan en la primer importante obra del magistral de Lugo.

